

Espejo de latón

Emanuel Ruffa

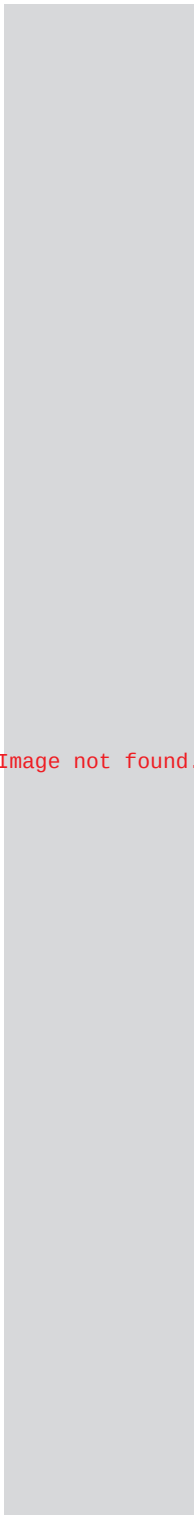


Image not found.

Capítulo 1

Hoy me vi sentado en el cordón de la vereda. Tengo que admitir que al principio no me reconocí. No me recordaba tan bajito y pecoso, con el pelo algo largo y enrulado en las puntas. Silbaba Vencedores vencidos, con la mirada un poco perdida entre la nada y la casa de Don Raúl. Cuando pasé la primera vez por la mano de enfrente creí que era un pibe más, de esos que se encuentran siempre en las tardes de verano jugando en la puerta de su casa o charlando y tomando algo en la esquina con amigos, con la pelota abajo del brazo. Pero cuando me di cuenta de que no era uno más, sino que era yo mismo, el desconcierto fue tal que lo primero a lo que atiné fue a esconderme detrás del primer árbol que encontré. Por unos segundos pensé que me estaba volviendo loco y que nada de eso tenía sentido. Me recompuse, retorné a la calma, y reí pensando que no entendía por qué me tenía tanto miedo, porque en definitiva me estaba escondiendo de mí. Seguramente, si quisiera contarle o, al menos, intentar dejarlo por escrito para que lo lean, nadie me creería en mi sano juicio. Pero es que no sé, realmente no lo sé, cómo explicar que hoy me vi sentado en el cordón de la vereda, con la mirada un poco perdida entre la nada y la ilusión. Intenté, entonces, lograr recordar aquel momento, verme de nuevo sentado en la vereda, solo, mirando a la nada o al menos eso parecía, pero fue inútil. Ningún recuerdo era remotamente semejante a la imagen que vi. Se me cruzó la loca idea de ir a hablar conmigo, de saludarme y decirme "¿Qué tal?, un gusto, yo soy vos dentro de algunos años". Pero para cuando quise poner en marcha mi cuerpo, ya me encontraba escondido nuevamente atrás de otro árbol más cercano, que me permitía tener una mejor visión de mí. Creo que fue a eso de las siete de la tarde, cuando el sol todavía no se había ocultado, que dejé mi puesto por algunos minutos y encaré directo para el kiosco de la otra cuadra, a comprarme un sánduche y una Coca. Me asustó la idea de que quizá para cuando volviera ya no estuviese más sentado en el cordón, pero el hambre me jugó una mala pasada. Para mi sorpresa, cuando volví todavía seguía ahí.

Ahora estaba mirando hacia arriba, seguramente miraba cómo cambiaba el color del cielo, intentaba adivinar dónde comenzaba la noche y terminaba el atardecer, mientras dibujaba con la mano una línea imaginaria. Me vi un poco más atrevido que de costumbre, no sé por qué razón. Parecía, además de estar silbando un tema de Los Redondos, que cuando pasaba una mina linda hacía una pequeña extensión de mi silbido y le regalaba algunos cánticos de elogio. No recuerdo haber sido tan lanzado de chico, pero era más que evidente que no podía negar lo que mis ojos veían. Lo que más me llamó la atención fue, para mi sorpresa, que las chicas me devolvían una sonrisa a cambio y un saludo. Yo seguía atrás del árbol, atónito. Pero en realidad estaba más que feliz, porque sabía que esa chica me había sonreído y solamente la había silbado mientras pasaba. ¿Quién se iba a imaginar que le iba a gustar? La verdad

es que me costaba entender a las mujeres, pero creo que eso era normal para la época, así le pasó al abuelo, a papá, y ahora me pasaba a mí. "Algún día vas a entender cómo son las cosas, sos muy chico todavía, ya va a llegar, quedate tranquilo", me decía el abuelo mientras se tomaba un vermouth y comía unos cuadraditos de queso Mar del Plata con aceite de oliva y orégano. Papá era más directo: "No me jodas con eso ahora, hijo, ya te va a llegar el momento y vas a decir, ¡Qué boludo que era!". Ambos tenían razón. Me asustaba un poco más la idea de papá, porque sabía de antemano que me iba a terminar arrepintiéndome. No sabía de qué, pero de algo me iba a tener que arrepentir. La cuestión es que además de toda esta incógnita filosófica, que supuestamente voy a resolver dentro de algunos años, me llamaba la atención algo más. Podría haberme puesto el apodo de "Don Juan" pero no era cierto, no estaba todo el tiempo coqueteando con mujeres, más bien me enamoraba de ellas. El problema real era que me enamoraba de todas. Cuando pasaba una mina que me gustaba le silbaba y le sonreía, pero al rato, mientras se alejaba, me iba perdiendo de nuevo en mí mismo, hasta que desde la otra esquina, aparecía una figura que me dejaba tonto de nuevo y mientras pasaba le dedicaba un piropo. Para cuando llegaba a la esquina, yo ya estaba contando cuántas hormigas salían debajo de una baldosa que había levantado. Ya se hacía tarde y no tenía sentido seguir ahí. Me estaban doliendo las rodillas, y creo que hasta se me había acalambrado un gemelo por haber estado tanto tiempo arrodillado mientras me observaba con detalle. Después de pasarme el resto de lo que me quedaba de la tarde atrás de un árbol, de rodillas, con medio cuerpo pegado al tronco y medio cuerpo en el aire, sabía que, por más que lo contara nadie me creería a menos que me llevara una prueba de lo que acontecía. Revisé en mi morral y encontré la cámara de fotos. No tenía la menor idea de cómo podía hacer para sacar una foto sin que me viera. Lo más lógico hubiera sido pedirle a alguien el favor, pero ¿por qué alguien querría fotografiar a un niño aburrido, con cara la cara llena de pecas y la mirada perdida? Sin muchas más ideas, decidí por tomar yo mismo las fotos. Encontré un momento en que estaba de espaldas y me tomé una foto, ahora miraba nuevamente el cielo, que para esas alturas estaba cubierto con algunas estrellas y una luna que iluminaba toda la ciudad, y aproveché para tomarme otra foto, quizá la mejor de todas porque me vi de frente, me miré a los ojos, no directamente, sino a través de la lente de la cámara. Una cámara que me revelaba mucho más que un joven, atrevido y monótono. Por un momento, llegué a percibir que me miraba mientras me sacaba la foto, pero solo fue una idea.

Las dos primeras cuadras corrí como un desesperado, quería llegar a casa para mostrarles a todos que me había sacado una foto a mí mismo de chiquito, hoy. Se que la idea sonaba loca, pero juro que fue verdad, hoy me vi sentado en el cordón de la vereda. Con el correr de las cuadras, el cansancio, y la falta de aire le fueron ganando a la emoción de llegar. No me quedó más remedio que encender la cámara para ver, nuevamente, con mis propios ojos, las fotos que me había tomado. Realmente no

quería hacerlo, tenía miedo de borrar sin querer cualquiera de las dos fotos que tanto trabajo me habían costado tomar, pero llegar rápido a casa ya no era un opción. Mientras esperaba que la cámara iniciara, pensaba en las infinitas posibilidades de lo que ocurrió. Históricamente es imposible —pensé—, pero existe la probabilidad metafísica de que realmente haya sucedido. El sonido al encender me trajo de nuevo al mundo. Un solo botón me separaba del hecho más increíble que me había sucedido en toda mi vida, un solo botón y nada más. Para mi fortuna la cámara tenía poca batería, por lo que dejé el suspenso para otro momento y presioné “visualizar”. Ahí estaban, ambas fotos, mismo ángulo de toma, todo allí, todo tan vívido, capturado en una imagen inmortalizadora. Todo estaba allí, excepto mi figura. Eran dos fotos totalmente vacías, como si hubiese disparado contra la nada misma, como si hubiese elegido por paisaje un paredón blanco de una vieja fábrica, una vereda pedestre y un cordón algo deteriorado por el paso de los años, una zanja, algo juguetona, que simulaba un pequeño río en la lejanía, pero nunca la imagen de un niño, sentado en el cordón de la vereda, con la mirada perdida entre la nada y toda una vida. Cuando volví a casa, noté que me esperaban con la cena lista. Podía darme cuenta muy fácil, un olorcito a romero y albahaca perfumaba toda la casa desde el pasillo hasta el comedor. Mientras dejaba las cosas sobre una silla, observé cómo se reflejaba mi figura en ese viejo espejo de latón que nos había regalado la abuela hacía ya unos años. La imagen era confusa, como si fuera otra persona la que se estuviera reflejando. Pero seguro que era idea mía, así me hacía ver el reflejo de ese viejo espejo, un tanto oxidado por el paso del tiempo. Durante la cena todo fue como siempre. Hablamos del trabajo de papá, del día agitado que tuvo mamá haciendo las cosas de la casa, y cuando me llegó el turno, les conté que estuve todo el día sentado en el cordón de la vereda, un tanto distraído mientras miraba cómo cambiaba el color del cielo de la tarde hacia la noche, y que por un momento, me pareció ver a una persona en la vereda de enfrente, escondida detrás de los árboles, que me sacaba una foto y salía corriendo hacia la avenida.